

Cultura y Ocio

DE LIBROS

EL TEMA DE LA SEMANA

Tormentos novedosos. Ignacio Padilla explora en un ensayo ganador del Premio Manuel Alvar la asombrosa complejidad del mundo que conoció el autor del 'Quijote', un mundo en el que las 'verdades' del viejo orbe medieval devinieron insuficientes

CERVANTES EN LOS INFIERNOS

Ignacio Padilla. Fundación José Manuel Lara. Sevilla, 2011. 279 páginas. 20 euros.

Manuel Gregorio González

Desde *La bruja* de Michelet, desde Heinrich Heine y *Los dioses en el exilio*, una solvente bibliografía se ha ocupado de historiar, no los pasos diurnos del ser humano, su clara estratificación política y social, sino aquel deambular nocturno donde el hombre, investido por el viejo mito, recupera su temor a lo sagrado. Llegamos así a la moderna obra de Eliade, de Delumeau, de Carlo Ginzburg, de Caro Baroja, cuyos notables méritos se deben, en buena parte, a su desvelamiento de un orbe irracional, hasta entonces excluido de los anales históricos. A este meritorio linaje pertenece el libro del cervantista mexicano Ignacio Padilla; libro galardonado con el Manuel Alvar de Estudios Humanísticos 2011, y cuyo título expresa con claridad la intención y el alcance de estas divagaciones cervantinas, divididas en círculos a la manera del Dante.



No se piense, aun así, que *Cervantes en los infiernos* es un

libro escrito en clave esotérica, en la línea de Fulcanelli y *El misterio de las catedrales*. Más modestamente, Padilla enumera la diversa topografía infernal que se halla dispersa en la obra de Cervantes (la cueva de Montesinos, el cautiverio de Argel, una Sevilla laberíntica, la ancha ajenidad del mundo), así como la distinta naturaleza de estos lugares, donde el mal se presenta, bien como condena eterna, bien como tránsito purificador, bien como expresión de un universo proliferante y arcano. De todas estas variantes y ejemplos de lo

CERVANTES DADO AL MUNDO



Ignacio Padilla indaga en su nueva obra en Cervantes, un hombre "tan confundido como lo fue su época". P. CAMPOS / EFE

demoníaco, Padilla destaca con acierto el novedoso infierno que, iniciado el XVI, se abre sobre la faz del globo. Un infierno basado en la multiplicidad, en el azar, en el perfil equívoco de lo real, que no debe su eficacia a la teología, ni a los antiguos ritos paganos, sino a la vasta, a la asombrosa complejidad que el mundo alcanza por aquellos días. Tras los descubrimientos de Colón y Copérnico, tras la fractura religiosa de la Reforma, el viejo orbe medieval,

un orbe plano, sustentado en columnas y ceñido por un agua ignota, devino ineficiente. Y es en este nuevo escenario —la vida misma transformada en infierno— donde medrará no sólo el caminar errático de Lázaro de Tormes, sino una angustiada Teresa de Jesús y el derrotero alucinado de Alonso Quijano.

Quiere esto decir que, si bien Padilla señala con profusión los pasajes donde Cervantes acude al imaginario católico, que postu-

la un Infierno situado en el tras-mundo, o aquéllos que remiten a una pervivencia pagana (las grutas y cuevas donde el héroe se prueba y purifica), es en este averno laico, el infierno en vida del Quinientos y el Seiscientos, donde se muestra la inagotable modernidad cervantina. La extraordinaria inteligencia de Nabokov no encontró, sin embargo, en *El Quijote* otra cosa que una amarga colección de golpes y violencias infligidas sobre un pobre

demente. No obstante, *El Quijote* de Cervantes es el trasunto literario, anterior en muy pocos años, de otra obra universal cuyo tema es —también— el infinito. Medio siglo después, *Las meninas* de Velázquez desplegarán, con similar estructura, la naturaleza equívoca, laberíntica, fantasmal, que lo real asume desde entonces. A partir de ahí, ya no habrá un dios tutelar, providente, aristotélico, que dirija cada uno de los actos humanos. En la bruma existencial que nace con el *Lazarillo*, nos dice Ignacio Padilla, ya no es la balanza de la culpa y el perdón, el fiel teológico del mundo, quien rige los pasos del hombre; es el azar, la incertidumbre, la propia voluntad de una criatura sin dioses, quien dicta su destino.

No conviene olvidar que el más memorable de los caballeros andantes es aquel don Quijote de la Mancha que nació como burla y homenaje de los antiguos paladines de la Edad Media: Palmerín de Inglaterra, Arturo de Bretaña, Amadís de Gaula, Doncel del

AVERNO LAICO

En el infierno en vida del Quinientos y el Seiscientos radica la inagotable modernidad del Manco

mar, Galaor y Sir Gawain, el heroso Tristán de Cornualles, Beltebros, el Caballero Verde... Así, si Cervantes introduce la herumbre del tiempo y una ironía doliente en su obra magna, es para trasladar el infierno hiperbóreo de celtas y germanos, la condenación eterna que prometía Roma, a los polvorientos caminos de la meseta. Esta es, en sustancia, la tesis sostenida en el notable ensayo de Padilla. Es sabido, por otra parte, que Felipe II, vencedor en Lepanto, murió loco de dolor, soñando con un perro negro, y teniendo a sus pies *El Jardín de las Delicias* de El Bosco. Allí, era el infierno alucinado, sintético, pero legible, del mundo antiguo, quien contempló la cruel agonía del monarca. No sabemos, sin embargo, no podemos saber qué última injuria, qué grave melancolía, acudió a los ojos del glorioso manco.

En tierra de nadie

CRISTIANOS

Jean Rolin. Trad. Fernando González. Libros del Asteroide. Barcelona, 2011. 168 páginas. 16,95 euros.

Ignacio F. Garmendia

Se expandió por todo el mundo y arraigó profundamente en Europa, pero la huella del cristianismo casi se perdió en los lugares de origen. Sin embargo, dos mil años después, quedan cientos de miles de fieles en el solar de Jerusalén y otras áreas

de Oriente Próximo o el norte de África, acosados por fanáticos islamistas o, en el mejor de los casos, situados en una tierra de nadie donde son víctimas de toda suerte de arbitrariedades. Árabes de lengua y cultura, no provienen de los cruzados u otros conquistadores, pues sus ascendientes ya estaban allí cuando nació el Islam. A la sufrida comunidad cristiana de Palestina ha dedicado este libro Jean Rolin, una excelente crónica de su viaje a

la zona a finales de 2002, poco antes del estallido de la Guerra de Irak, donde el escritor y periodista recoge sus experiencias entre los



miembros de la más antigua de las iglesias de Oriente.

Por su trayectoria profesional, Rolin podría recordarnos a esos comanches

desnortados que presumen de su valor en los campos de batalla, pero la mirada del reportero francés no es autocelebratoria sino abiertamente compasiva. Los cristianos de Palestina se sienten solidarios con la causa nacional del país ocupado, pero son observados con recelo tanto por los israelíes, que no los diferencian del resto de los árabes, como por estos, para los que su religión constituye un obstáculo insalvable. Rolin se adentra en sus

vidas y nos las cuenta con todo lujo de detalles, en una prosa precisa, directa y enormemente sugestiva. No hace falta ser estricto correligionario para sentirse conmovido por el drama de esta comunidad secular que sufre una persecución silenciosa, en la tierra santa o maldita de Palestina y en otros lugares del planeta, mientras en Europa muchos ciudadanos descreídos siguen instalados en la nostalgia del XIX y los que pasan por devotos miran piadosamente hacia otro lado. Por desgracia, las torpes vacilaciones de Occidente no se reducen a la crisis del euro.